

Domingo IV de Adviento

(ciclo B)

24 de diciembre de 2023



I. Notas exegéticas

2Sam 7, 1-5.8b-12.14a.16

El reino de David durará por siempre en la presencia del Señor

La conocida profecía de Natán a David aparece en el contexto de la estabilidad adquirida por el rey luego de numerosas batallas, tanto personales como militares, para asegurarse el trono del reino unificado en Jerusalén. El texto, sin embargo, enfatiza que estas victorias sobre sus enemigos no han sido obra de su ingenio político o militar, sino del Señor, que es quien lo ha escogido para gobernar a su pueblo.

La buena intención de David de construir un templo para su Dios, un conocido mecanismo político en el Medio Oriente Antiguo de asegurar el mandato real, no se ajusta plenamente al plan divino. Es el Señor quien construirá una casa para el rey, con una dinastía que permanezca en su trono. La relación que el Señor establecerá con David y sus sucesores no será solamente cultural o de autoridad, sino que se adentrará en niveles afectivos de familiaridad (padre-hijo). Esta protección paternal permanecerá para siempre, asegurando el futuro de la dinastía. Sin embargo, con el exilio la interpretación literal de esta promesa quedó en entredicho, abriéndose paso una interpretación mesiánica futura. La tradición cristiana leerá el cumplimiento de la profecía en Jesús, el hijo de David, que tendrá un reino eterno por virtud de su muerte y resurrección.



Salmo 89, 2-3.4-5.27.29

Cantaré eternamente tus misericordias, Señor

Este extracto del salmo 89 canta la fidelidad del Señor a sus promesas, sobre todo para con la casa de David. Esta fidelidad es vista como expresión del amor misericordioso del Señor por su pueblo. La misericordia aparece para el salmista bajo imágenes de solidez como el edificio o el cielo. La historia de Israel es prueba evidente de ese amor sólido. El salmista se detiene en particular en la elección de David y en la promesa hecha a su descendencia de mantener su trono eternamente. El Señor le asegura al rey y con él a todo Israel, que Él le será padre y lo pondrá a salvo de sus enemigos. La confianza en estas promesas hace que surja en la boca del orante un cántico de alabanza que debe perdurar por los siglos, a imagen de la fidelidad del Señor.

Romanos 16, 25-27

El misterio, mantenido en secreto durante siglos, ahora se ha manifestado

Con este himno de alabanza Pablo concluye su epístola a los Romanos, intentando fijar en el oyente los principales puntos de su reflexión teológica. El Evangelio que Pablo proclama, que es “una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rm 1,16), se manifiesta por la predicación de Cristo Jesús. Dios, desde la eternidad, ha decidido en esta etapa de la historia revelar que tanto judíos como gentiles están llamados en Cristo a la salvación por la fe. La puerta de la vida divina está ahora abierta para todos los pueblos. Esta sabiduría no corresponde a ningún plan humano sino a la voluntad de Dios, el único sabio. A esta única fuente, de donde mana el misterio del amor revelado a todos, Pablo invita a adorar y dar gloria. Ante todo, el objetivo de este himno no es instructivo sino doxológico: llevar al fiel cristiano a adorar al Padre, autor del misterio revelado en Cristo.

Lucas 1, 26-38

Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo

Este conocido texto, propio de Lucas, toma su inspiración de otros pasajes de anuncio de nacimientos de personajes importantes del Antiguo Testamento, por ejemplo, el nacimiento de Gedeón o Sansón (cf. Jc 6,11-24; Jc 13, 2-7). El pasaje se presenta en forma de diálogo entre María y el ángel Gabriel. Mediante este procedimiento se ponen de manifiesto dos elementos: las cualidades de fe de la Virgen Madre, verdadera hija de Sion que debe engendrar al esperado Mesías y las características de ese Mesías prometido.



Diferente a otras figuras femeninas veterotestamentarias, esta madre no sufre de esterilidad sino que se presenta joven y virgen. Este hecho resalta aún más la intervención divina en la generación del Mesías, superando hasta los imposibles de la naturaleza humana. El Mesías, que tendrá un nombre bíblico conocido (Jesús es otra versión del nombre Josué), cumplirá la antigua promesa davídica: reinar para siempre y tener una relación de filiación con Dios, su padre. De ahí que este anuncio deba leerse en paralelo con el texto de 2Sam 7 que nos presenta la liturgia en la primera lectura. María con su sí definitivo encarna el cumplimiento total de la profecía de Natán. Ella se convierte así en imagen del creyente que con su fe permite que el Padre engendre en su corazón las mismas actitudes de Jesús, las del hijo de Dios.



II. Pistas homiléticas

- **Adviento, tiempo de espera:** las promesas hechas a David se realizarán definitivamente en Jesús, el hijo de María. El Señor mantiene la fidelidad a la palabra dada, pero realiza la promesa en tiempos que se pueden prolongar largamente, inclusive siglos. La escucha atenta de estas lecturas debe llevarnos a una actitud de paciencia y espera frente a las promesas divinas. Vivimos en una sociedad que pide resultados inmediatos y ágiles. Sin embargo, las promesas del Señor necesitan tiempo para su cumplimiento. Se nos invita a no desesperar y a estar atentos a su manifestación.

- **El Señor se compromete:** vivimos en medio de numerosas exigencias sociales, laborales y académicas que nos hacen pedir resultados y nos exige un fuerte grado de compromiso con nosotros mismos y con los demás. La fe, como nos muestra la promesa hecha a David y el anuncio dado a María, es ante todo una pequeña respuesta humana sin parangón con la magnitud de la acción divina. Es el Señor quien se compromete con David, es el Señor quien engendra en María a su Hijo. Las lecturas de hoy son una llamada para el creyente a vivir su fe apoyado en la fuerza divina y no en el compromiso de las fuerzas humanas que puede llevar al desgaste o al cansancio.

- **La fidelidad, causa de alegría:** nuestra sociedad privilegia las relaciones líquidas, las decisiones muchas veces pasajeras e inconsistentes, las opciones definitivas tomadas a partir de las emociones. El salmo responsorial expresa la alegría del orante por la fidelidad del Señor a sus promesas. A pesar de que cambien las circunstancias externas el amor del Señor perdura y su respuesta potente no se altera. La palabra de Dios hoy se convierte en una invitación para apoyar las decisiones importantes de la vida en la fidelidad del Señor que nos conduzca a la alegría y a la paz y no sobre los cambiantes sentimientos o pensamientos humanos.

- **Invitación a la fe:** numerosos signos que vemos aparecer en nuestro país y familias nos pueden hacer caer fácilmente en la desesperanza y la angustia. Son realidades que nos invitan a mirar el futuro con desconfianza y temor. Las lecturas de este domingo son en cambio una llamada a la fe en Cristo, a confiar en que Él conduce nuestra historia. Como María venimos invitados a leer los signos de la acción del Señor en medio de tantas acciones estériles en nuestro contexto. Una vez más la palabra de que nada hay imposible para Dios debe volver a resonar en medio de las circunstancias presentes inciertas o de prospectivas futuras adversas. El futuro, confiado al omnipotente poder del Señor, se llena así de esperanza y de fuerza.



III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Queridos hermanos: llegamos al cuarto domingo del Adviento, final de este camino que nos ha preparado para el encuentro gozoso con Cristo en la Navidad que comienza hoy en la Nochebuena.

En vísperas de la gran fiesta del Nacimiento, la liturgia nos presenta a María como figura del adviento, pues ella, con alegre y firme esperanza, aguardó y preparó la llegada del Salvador. Unidos a ella, que es Madre de Dios y de la Iglesia, celebremos con fe el misterio de nuestra salvación.

Monición a las lecturas

Hoy la Palabra nos presenta algunos títulos que revelan la identidad de Aquél a quien esperamos con profunda alegría. Jesús es el hijo del Altísimo, el Santo, el Hijo de Dios, el Rey grande que ocupará el trono de David por siempre. Alegrémonos, porque Jesús no es un salvador más: Él es el único Salvador de este mundo. Con un corazón humilde y sencillo, como el de la Virgen María, escuchemos con atención esta Palabra.

Oración de fieles

Presidente

A las puertas de esta nueva Navidad de Cristo, quien por nosotros se hizo hombre naciendo de María, la Virgen, llenos de alegría y confianza acudamos a Dios nuestro Padre.

R/. Padre de amor, escúchanos.

1. Por la Iglesia santa de Dios, que se regocija con la venida del Salvador, para que, como enviada por Dios, no cese en su misión de ser anunciadora y sembradora de verdadera alegría y esperanza en medio del mundo. Roguemos al Señor.
2. Por todos los gobernantes, para que, iluminados por Cristo que ha venido a traer la paz, no sientan ningún temor en trabajar por la justicia y la unidad entre los hombres. Roguemos al Señor.
3. Por nuestros hermanos que sufren a causa del hambre, la opresión, la injusticia, por los que no tienen hogar o estarán en Nochebuena en medio de disgustos, lágrimas y soledad, para que, animados por la fe en Cristo Salvador, descubran que el Señor está con ellos y encuentren el consuelo y la alegría. Roguemos al Señor.
4. Por todos los enfermos y privados de la libertad, para que el Hijo de Dios, que por amor a nosotros al tomar nuestra misma carne se hizo débil y capaz de sufrir, los fortalezca y consuele. Roguemos al Señor.
5. Por nosotros, que esperamos anhelantes la celebración de la llegada del Mesías, para que el Espíritu Santo nos de la gracia necesaria para exclamar como María: *“He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”*. Roguemos al Señor.

Presidente

Padre Santo, Cristo se hizo presente entre los hombres y realizó tu plan de salvación; escúchanos y concédenos los auxilios necesarios para vivir estos días en paz, siendo fieles testigos de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.



IV. Sugerencias litúrgicas

Monición al encender el cuarto cirio de la corona de adviento (Inmediatamente después del saludo inicial o cuando se considere oportuno)

El tiempo de adviento llega hoy a su último domingo. La preparación para recibir al Señor culmina con la venida del esperado que se acerca en la Nochebuena de su nacimiento. Encendemos la cuarta y última luz de nuestra corona de adviento.

Oración para encender la cuarta luz de la corona

Señor Jesucristo: al encender este cirio en el cuarto domingo de Adviento contemplamos la figura de María, tu madre: ella estuvo atenta al anuncio del ángel y se hizo disponible para realizar el proyecto del Padre del cielo, a través de su escucha y disponibilidad continuó la historia de salvación del pueblo; te pedimos que nos asistas con tu gracia para que se fortalezca nuestra esperanza y participemos activamente en la realización de tu proyecto de salvación de los hombres y mujeres de hoy.

Aumenta en cada uno de nosotros la admiración ante el misterio de la Encarnación para que te agradecemos con toda nuestra vida. ¡Ven, Señor Jesús!



Oración a la Virgen de la Nochebuena

Beato cardenal Eduardo Pironio

Señora del pesebre de Belén, Virgen de la Nochebuena,
aquí estamos junto a ti,

en la espera de la noche del silencio y de la Luz.

Silencio que nos permite escuchar a Dios,
luz que ilumina nuestras vidas y nos devuelve la alegría de vivir.

Señora del amor y de la paz, que esta Navidad
sea el comienzo de una nueva claridad;
que el amor sustituya a la violencia
y que la justicia engendre la verdadera paz.

Ayúdanos a anunciarles a los que odian
que Dios es Padre y nos ama;
y a los que tienen miedo y están desanimados
que Dios está con nosotros y nos acompaña;
y a los que están solos, tristes o sin esperanza,
que hay motivos para vivir y seguir siempre adelante,
pues Dios es ahora Dios con nosotros.

Señora de la Nochebuena, Señora del silencio y de la espera,
esta noche nos darás otra vez al Niño.

Velaremos contigo hasta que nazca:
en la pureza plena, en la oración profunda, en el deseo ardiente.

Madre de la luz, Reina de la paz, causa de nuestra alegría:
que en mi corazón nazca otra vez Jesús;
pero para todos: para mi casa, para mi comunidad,
para mi ciudad y para mi patria, para el mundo entero
y, sobre todo, fundamentalmente,
que nazca otra vez Jesús para gloria del Padre.

Así podremos anunciar también nosotros:
"Hoy nos ha nacido un Salvador, que es Cristo, el Señor".

Amén.

